

Sine Te nihil El Cristo de San Agustín

«Cuando leo los escritos de san Agustín no tengo la impresión de que se trate de un hombre que murió hace más o menos mil seiscientos años, sino que lo siento como un hombre de hoy: un amigo, un contemporáneo que me habla, que nos habla con su fe lozana y actual.

En san Agustín, que nos habla, que me habla a mí en sus escritos, vemos la actualidad permanente de su fe, de la fe que viene de Cristo, Verbo eterno encarnado, Hijo de Dios e Hijo del hombre. Y podemos ver que esta fe no es de ayer, aunque haya sido predicada ayer; es siempre actual, porque Cristo es realmente ayer, hoy y para siempre. Él es el camino, la verdad y la vida. De este modo san Agustín nos impulsa a confiar en este Cristo siempre vivo y a encontrar así el camino de la vida.»

Benedicto XVI, Audiencia General, 16.enero.2008

Encontrar el camino de la vida... Ese fue el nervio existencial en Agustín de Hipona, eterno buscador de la verdad. Y por su conversión sabemos que se encontró con el que es el Camino, la Verdad y la Vida, y —contemplándolo, nombrándolo, confesándolo— entregó la vida en su seguimiento. Esa fue la mayor grandeza de Agustín: vivir para Cristo, con quien se encontró según sus *Confesiones*. Y esa entrega radical en el seguimiento del Señor es lo que —tal vez— hace que se mantenga «*lozana y actual*», como dice Benedicto XVI, la fe del obispo de Hipona, dieciséis siglos después.

Son las huellas de Agustín: la profunda interioridad, la inquieta y siempre inacabada búsqueda de la Verdad, el estudio y la contemplación, la fusión de ciencia y caridad; la gozosa vida

en comunidad, en calidad de hermanos y amigos; la pasión por la Iglesia, comunidad de comunidades, y —desde ella— el ejercicio del ministerio de pastor, entregado a su pueblo.

No se construye la vida a golpes de improvisación y Agustín nunca improvisó en sus pasos y latidos. Toda la vida, todo en la vida, tiene el sello de lo sembrado, cultivado y cuidado. Nada es espontáneo y hay quien llega a confundir espontaneidad con naturalidad. Lo natural es ser y ser en autenticidad. Quienes fuimos hechos, contruidos, trazados. No exactamente guiados por unos oscurantistas hilos predeterminados, sino configurados con nuestras herencias y añadidos. Y descubrimos ahí enteros, totales, netos...; constructores del presente con ansias de un futuro nuevo. Así ocurrió con Agustín. Su conversión no fue exactamente un dar la vuelta a todo lo que había pensado, sentido y vivido. Convertirse fue conocer y aceptar, integrar y ordenar internamente todo su pasado, para vivir, a la luz de un encuentro; en razón de aquella luz, de aquel entendimiento, encendimiento y pasión.

El hombre de hoy vive cada vez más embarcado en la aventura de la «epidermis». Seres superficiales, hombres y mujeres epidérmicos, que van por la vida a golpe de improvisaciones; tal vez viviendo aquello que dejó dicho el de Hipona: «*Viajan los hombres por admirar las alturas de los montes, y las ingentes olas del mar, y las anchurosas corrientes de los ríos, y la inmensidad del océano, y el giro de los astros, y se olvidan de sí mismos...*»¹ Sí, tal vez, estemos pasando de largo de nosotros mismos, olvidando que la máxima aventura es saberse, conocerse, limitarse, nombrarse uno a sí mismo, para poder alcanzar el encuentro con la verdad y de ahí: darse, compartir, comulgar en la tarea común de la colectividad humana.

Es la aventura de la construcción del hombre mismo: «*Vuelve a ti*», «*entra dentro de ti*». Ésta fue invitación dictada por los sabios antiguos y norma de vida en Agustín de Hipona; principio del principio de la construcción del propio ser; peldaño primero del ascenso a la auténtica Sabiduría; pues conocer la Verdad es proyección existencial de toda criatura que quiera describirse en el mundo y en la historia con visos de autenticidad. La inmediatez de las sensaciones no da garantías de ser,

1 *Confesiones (Conf.)*, 10, 8, 15.

aunque llegue a satisfacer momentos y situaciones. El hombre auténtico vive desde dentro y ahí piensa, estudia, conoce, siente, ¡es!... y da, compartiendo; para ascender en la construcción de un «nosotros», que da contenido y valor a cuanto con-vive con los otros.

Agustín de Hipona en su experiencia de vida es maestro de esta dimensión existencial humana. Sus *Confesiones* son un libro de introspección de primera magnitud, por la sutileza y precisión con la que descifra su intimidad. Para Agustín no hay ignorancia más refinada que la ignorancia de la propia ignorancia.²

Y sabe Agustín que en los espacios de la interioridad cultivada, en lo más íntimo de la propia intimidad, ahí, precisamente ahí, acontece el encuentro. Ése fue el núcleo central, quicio seguro, de lo que conocemos como conversión de Agustín de Hipona.

«No quieras derramarte fuera —escribirá en La verdadera religión—, entra dentro de ti mismo, porque en el hombre interior reside la verdad; y si hallares que tu naturaleza es mudable, trasciéndete a ti mismo, mas no olvides que, al remontarte sobre las cimas de tu ser, te elevas sobre tu alma, dotada de razón. Encamina, pues, tus pasos allí donde la luz de la razón se enciende.»³

Y esa Verdad, para Agustín, tiene un nombre concreto, exacto, fundamentador de toda su experiencia de vida como hombre, como convertido, como cristiano y como pastor.

«¿Por qué gustas tanto de hablar y tan poco de escuchar? Andas siempre fuera de ti, y rehúas regresar a ti. El que enseña de verdad está dentro. En cambio, cuando tú tratas de enseñar, te sales de ti mismo y andas por fuera. Escucha, primero, al que habla dentro y, desde dentro, habla, después, a los que están fuera.»⁴

Experiencia ésta vivida por él con la pasión que caracterizó su vida entera, como narrará en sus *Confesiones*:

«¡Ay, ay de mí, por, qué grados fui descendiendo hasta las profundidades del abismo, lleno de fatiga y devorado por la falta de verdad! Y todo, Dios mío —a quien me confieso por haber tenido misericordia de mí cuando aún no te confesaba—, todo por buscarte no con la inteligencia —con la que quisiste que yo aventajase a los brutos—, sino con los sentidos de la carne,

2 Cf. Conf. 5, 7, 12

3 *La verdadera religión*, 39, 72.

4 *Comentario al Salmo (Salm.) 139*, 15.

porque tú estabas dentro de mí, más interior que lo más íntimo mío y más elevado que lo más sumo mío.»⁵

Allí, en lo más íntimo de su intimidad, Agustín se encontrará con Aquél que le descubrirá el sentido profundo de su ser, el valor real de su existencia, la consistencia firme de sus latidos y afecciones, el valor de la humildad y de la entrega, de la libertad real y de la justicia y solidaridad que salvan. Por eso podrá confesar con verdad: «*Dentro del corazón soy lo que soy*»⁶, combatiendo de esta manera cuanto de epidermis y superficialidad encontró en su angosta caminata hacia la verdad de sí mismo y del Dios que le descifraba los enigmas de sus propias sombras, pues para él *un corazón desorientado es una fábrica de fantasmas*.⁷

El hambre de totalidad que confiesa el intelecto humano sólo se sacia cuando el hombre entra en sí mismo —aventura plena de ser— y allí anida en su búsqueda, de allí parte hacia las cosas de fuera, allí contrasta, discierne, ordena y ama; para salir, de nuevo, de allí hacia los otros. Será un hombre nuevo, pues «*el espíritu, replegado en sí mismo, comprende la hermosura del universo, el cual tomó su nombre de la unidad*»⁸, es decir, sólo el hombre que vive desde su intimidad, desde el centro de su ser, *puede captar la belleza de la totalidad*, y así podrá expresar su humana condición más plenamente:, siendo el ser humano *presencia de lo pasado, presencia de lo presente y presencia de lo futuro*.⁹

¿Pero qué acontece dentro? ¿Qué encuentro, quién habita, para que todo en la vida y toda la vida sea luz de verdad, esperanza en acto y diálogo fecundo?

LA CONVERSIÓN ES UN ENCUENTRO

El eterno e inquieto buscador de verdades que fue Agustín de Hipona se debate en la lucha por encontrarse a sí mismo y encontrar la verdad que diera fundamento a su existencia, a lo que amaba y anhelaba:

«Y buscaba yo el medio de adquirir la fortaleza que me hiciese idóneo para gozarte; ni había de hallarla sino abrazándote»

5 *Conf.* 3, 6, 11.

6 *Conf.* 10, 3, 4.

7 *Cf. Salm.* 80, 14.

8 *El orden*, 1, 2, 3.

9 *Cf. Conf.* 11, 20, 26.

me con el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos el cual clama y dice: Yo soy el camino, la verdad y la vida, y el alimento mezclado con carne (que yo no tenía fuerzas para tomar), por haberse hecho el Verbo carne, a fin de que fuese amantada nuestra infancia por la Sabiduría, por la cual creaste todas las cosas. Pero yo, que no era humilde, no tenía a Jesús humilde por mi Dios, ni sabía de qué cosa pudiera ser maestra su flaqueza.»¹⁰

Agustín lleva tras de sí un largo proceso de conversión. Desde la catequesis doméstica, recibida en la infancia por medio de Mónica, su madre, Agustín va a llevar impreso el nombre de Cristo en su mente y en su corazón. De cuando leyó, joven de 19 años, el, desconocido hoy, *Hortensio* de Cicerón, que le abrirá pasionalmente, como todo en Agustín, las puertas de la filosofía y el amor por la sabiduría, escribirá en sus Confesiones:

«Sólo una cosa me resfriaba tan gran incendio, y era el no ver allí escrito el nombre de Cristo. Porque este nombre, Señor, este nombre de mi Salvador, tu Hijo, lo había yo por tu misericordia bebido piadosamente con la leche de mi madre y lo conservaba en lo más profundo del corazón; y así, cuanto estaba escrito sin este nombre, por muy verídico, elegante y erudito que fuese, no me arrebatava del todo.»¹¹

«No me arrebatava del todo...» En Agustín todo tiene que llevar el sello de la pasión. Y en relación a la persona de Cristo hay como una búsqueda, tal vez inconsciente, de plenitudes. Faltaba el nombre...

Sin duda que el bagaje maniqueo, secta con la que mantuvo relación durante nueve años largos, incrementó los afanes de búsqueda de verdad. Allí el nombre de Cristo estaba envuelto en una maraña de inconsistencias, que no terminaban de calmar al inquieto buscador:

«De este modo vine a dar con unos hombres que deliraban soberbiamente, carnales y habladores en demasía, en cuya boca hay lazos diabólicos (laquei diaboli) y una liga viscosa (viscum) hecha con las sílabas de tu nombre, del de nuestro Señor Jesucristo y del de nuestro Paráclito y Consolador, el Espíritu Santo. Estos nombres no se apartaban de sus bocas, pero sólo en el

¹⁰ Conf. 7, 18, 24.

¹¹ Conf. 3, 4, 8.

sonido y ruido de la boca, pues en lo demás su corazón estaba vacío de toda verdad. Decían: «¡verdad! ¡verdad!», y me lo decían muchas veces, pero jamás se hallaba en ellos; antes decían muchas cosas falsas, no sólo de ti, que eres verdad por esencia, sino también de los elementos de este mundo, creación tuya, sobre los cuales, aun diciendo verdad los filósofos, debí haberme remontado por amor de ti, ¡oh Padre mío sumamente bueno y hermosura de todas las hermosuras!»¹²

Será el conocimiento de los neoplatónicos el que abrirá la mente cerrada de Agustín a un Dios inmaterial. Aprende con ellos que Dios es espíritu, que el alma humana también es espiritual. No es sólo la difícil y puntual cercanía del obispo Ambrosio ¹³, sino el contacto con la comunidad ambrosiana de Milán, lo que acercarán a Agustín al conocimiento de los neoplatónicos. Plotino y Porfirio no llegan a él en frío, sino leídos en clave cristiana por los creyentes de Milán. En éstos tuvo que encontrar Agustín personalidades de su rango cultural, lejanos de los charlatanes maniqueos.

Al amparo de Ambrosio y la comunidad de Milán, Agustín pudo leer las Escrituras de otra manera, accediendo a una comprensión alegórica de la misma y utilizando los libros sagrados como fuente de sus argumentaciones; no sólo fiándose de los clásicos y de su racionalidad, como había sido hasta ahora.

«También me alegraba de que las Antiguas Escrituras de la ley y los profetas ya no se me propusiesen en aquel aspecto de antes, en que me parecían absurdas, reprendiéndolas como si tal hubieran sentido tus santos (patriarcas), cuando en realidad nunca habían sentido de ese modo; y así oía con gusto decir muchas veces a Ambrosio en sus sermones al pueblo recomendando con mucho encarecimiento como una regla segura que la letra mata y el espíritu vivifica al exponer aquellos pasajes, que, tomados a la letra, parecían enseñar la perversidad, pero que, interpretados en un sentido espiritual, roto el velo místico que les envolvía, no decían nada que pudiera ofenderme, aunque todavía ignorase si las cosas que decía eran o no verdaderas.»¹⁴

Y junto a todo ese proceso intelectual y emocional, hay que unir la presencia de su madre y sus lágrimas. Un Agustín anciano lo reconocerá de nuevo, como hizo en las *Confesiones*, destacando con ello el papel de su madre en su encuentro con

12 *Conf.* 3, 6, 10.

13 *Conf.* 6, 3, 4.

14 *Conf.* 6, 4, 6.

Cristo y su conversión. Y lo hace en su obra *El don de la perseverancia*, escrito entre el 428 y el 429:

«(...) en los libros III y IV [de las Confesiones], capítulos 11, 12 y 13, respectivamente, donde narro mi conversión, obra de Dios, a esta fe que con miserable y furiosa locuacidad combatía, ¿no recordáis que al narrarlo manifesté bien claramente que **lo que evitó mi perdición fueron las ardientes súplicas y las fieles y cotidianas lágrimas de mi buena madre?** Con lo cual a la faz del mundo prediqué y expuse que Dios por su gracia gratuita no sólo convierte las voluntades de los hombres apartados de la sana fe, pero también las contrarias y rebeldes a la misma.»¹⁵

Aquel Nombre, «bebido piadosamente» con la leche materna, irrumpirá de lleno en el alma y el corazón de Agustín. Toda su capacidad intelectual, su razón humana, exquisitamente cultivada con la sabiduría clásica, su capacidad de retórica; toda su emoción, su sensibilidad de apasionado africano, se rinden al Nombre sobre todo nombre. Es verdad que hay un proceso de cercanía a la palabra y la predicación de la Iglesia; es verdad que hay un encuentro sereno de lectura de la Escritura, de catequesis previa, pero el encuentro es el choque definitivo.

Así, la experiencia del huerto de Milán¹⁶ obedece a un largo proceso intelectual, psicológico, espiritual... Agustín no cae derrotado ante el texto de la carta a los Romanos, como le ocurría al Apóstol a las puertas de Damasco¹⁷; Agustín se encuentra con la luz de la verdad y...

«No quise leer más, ni era necesario tampoco, pues al punto que di fin a la sentencia, como si se hubiera infiltrado en mi corazón una luz de seguridad, se disiparon todas las tinieblas de mis dudas.»¹⁸

«Como si se hubiera infiltrado en mi corazón una luz de seguridad». Agustín se encuentra con la acción de la gracia de Dios, a la que acoge con humildad, lo que le permite entender en largura y anchura, en altura y profundidad, el misterio que se le ocultaba: Aquel que da plenitud de sentido a la existencia humana, Jesucristo, el Señor muerto y resucitado.

Y Agustín se convierte en fuego.

15 *El don de la perseverancia*, 53.

16 *Conf.* 8, cap. 12.

17 Hch. 9. 3-6.

18 *Ibidem.*

«¡Oh amor que siempre ardes y nunca te extingués! Caridad, Dios mío, enciéndeme.»¹⁹

Agustín tiene necesidad de ver; tiene necesidad de tocar, de abrazar al Amor que le inunda, que le invade toda su capacidad intelectual y afectiva. Se siente habitado.

«No quieras esconderme tu rostro. Muera yo para que no muera y pueda así verte.»²⁰

«Que yo te conozca, conocedor mío, que yo te conozca como tú me conoces, Virtud de mi alma, entra en ella y ajústala a ti, para que la tengas y poseas sin mancha ni arruga.»²¹

Sólo en el Señor puede conocerse el hombre en sí mismo y en toda su plenitud, *«que el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado»²²*. Y Agustín confiesa esta verdad que experimenta en su alma:

«Confiese, pues, lo que sé de mí; confiese también lo que de mí ignoro; porque lo que sé de mí lo sé porque tú me iluminas, y lo que de mí ignoro no lo sabré hasta tanto que mis tinieblas se conviertan en mediodía ante tu presencia.»²³

Ama al que se le ha revelado como amor, único y definitivo. Es un amor que le condiciona toda la vida y todo en la vida. Todo en su entorno le insta al amor, le invita a amar sin medida, que es la más exacta y certera medida del amor. Nada será igual a partir de ahora.

«No con conciencia dudosa, sino cierta, yo te amo, Señor. Heriste mi corazón con tu palabra y te amé. Mas también el cielo y la tierra y todo cuanto en ellos se contiene he aquí que me dicen de todas partes que te ame; ni cesan de decírselo a todos, a fin de que sean inexcusables. Sin embargo, tú te compadecerás más altamente de quien te compadecieras y prestarás más tu misericordia con quien fueses misericordioso: de otro modo, el cielo y la tierra cantarían tus alabanzas a sordos.»²⁴

Y llega a más, el erudito, el retórico, tiene necesidad de concretar, buceando en los adentros del alma: inquiere, pregunta, busca insaciable la razón, el ser, el rostro del amor que le arrebató el alma:

19 Conf. 10, 19, 40.

20 Conf. 1, 5.

21 Conf. 10, 1, 1.

22 Gaudium et Spes, 22

23 Conf. 10, 5, 7.

24 Conf. 10, 5, 8.

«Y ¿qué es lo que amo cuando yo te amo? No belleza de cuerpo ni hermosura de tiempo, no blancura de luz, tan amable a estos ojos terrenos; no dulces melodías de toda clase de cantilenas, no fragancia de flores, de ungüentos y de aromas, no manás ni mieles, no miembros atrayentes a las caricias de la carne: nada de esto amo cuando amo a mi Dios. Y, sin embargo, amo una especie de luz, de voz, y de fragancia y de alimento y de caricia, cuando amo a mi Dios, que es luz, voz, fragancia, alimento y caricia del hombre mío interior, donde resplandece a mi alma lo que el espacio no contiene; resuena lo que no arrebatara consigo el tiempo; exhala sus perfumes lo que no se lleva el viento; saborea lo que no se consume comiendo, y donde la unión es tan firme que no la disuelve el hastío. Esto es lo que amo cuando amo a mi Dios.»²⁵

«La unión es tan firme que no la disuelve el hastío...» Está hablando Agustín desde la experiencia. Ha conocido el amor: de sus padres, en especial de Mónica, en el hogar; de sus amigos, desde la infancia. Agustín ha vivido siempre con amigos. Los necesita cerca. El afecto amigo madurará en él con el paso de los años, hasta alcanzar la que llamará «*vera amicitia*», la que se da «entre aquellos a quienes tú aglutinas entre sí por medio de la caridad.»²⁶ Ha conocido el amor de una mujer, al comienzo, de joven, con el peso de la concupiscencia incontrolada, sin moral alguna que frenara sus apetitos.²⁷ Lo dirá varias veces en las *Confesiones*: «*Amar y ser amado era la cosa más dulce para mí*». Amó en la madurez a la madre de su hijo Adeodato, con la que convivió durante años y a la que fue fiel, según su propia confesión.²⁸ Agustín conoce el amor humano, ha bebido en él, lo ha necesitado, lo ha tenido y retenido en su alma... Conoce el hastío de la rutina, las inconveniencias de toda relación humana. Nada comparado al amor y a la unión que experimenta con el que se le ha revelado como Verdad: Jesucristo, su Dios y Señor.

LA ENCARNACIÓN DEL VERBO ES EL CENTRO

Toda la cristología agustiniana parte de una verdad de fe, que es fontal en la confesión cristiana: El Verbo de Dios se ha encarnado en el mundo y en la historia del hombre; el Verbo eterno del Padre ha asumido la naturaleza humana.

25 *Ibidem*.

26 *Conf.* 4, 4, 7.

27 Cf. *Conf.* 2, 2, 2.

28 Cf. *Conf.* 4, 2, 2.

Este principio era inconcebible, inalcanzable, para la mente de Agustín. Más cerca de la tradición antioquena que de la alejandrina, Agustín confiesa que Cristo es verdadero hombre y se enamora de la humanidad de Jesucristo, sin negar por ello —al contrario— su condición divina. En múltiples citas reitará Agustín la doble naturaleza de Cristo, adelantándose al concilio de Calcedonia del 451.

«El hecho de que Cristo se entregue al sueño, se nutra de alimentos y experimente todas las afecciones humanas, persuade a los hombres de que es hombre y de que no aniquiló, sino que asumió a ese hombre. Así se ejecutó. No obstante eso, ciertos herejes han tratado de alabar su potencia y de admirarse perversamente de ella. Se niegan en absoluto a reconocer en El la naturaleza humana, en la que reside toda la gracia con que salva a los que creen en El, que contiene los profundos tesoros de sabiduría y ciencia que infunde en nuestras mentes la fe para llevarlas a la eterna contemplación de la verdad inalterable. ¿Qué hubiese acaecido si el Omnipotente no hubiese formado aquel cuerpo en el seno de una madre, sino que lo hubiese creado en cualquier parte y lo hubiese presentado de repente a las miradas? ¿Qué hubiese acaecido si no se hubiese hecho adulto de infante, cambiando la edad; si no hubiese necesitado de alimentos y de sueño? ¿No sería eso dar firmeza a la opinión errónea de los que creen que en modo alguno había tomado un verdadero hombre? De ese modo, por hacerlo todo maravillosamente, nos habría privado de lo que hizo misericordiosamente. Mas he aquí que apareció del modo dicho el Mediador entre los hombres y Dios, uniendo en una única persona ambas naturalezas, sublimando lo ordinario con lo extraordinario y templando lo extraordinario con lo ordinario.»²⁹

La encarnación del Verbo, confesada por Agustín, rompe en él todos los esquemas de la filosofía platónica, la palabrería de los maniqueos y todo el pensamiento de la antigüedad.

«En verdad, porque la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros, del nacimiento mismo hizo un colirio con que se limpiasen los ojos de nuestro corazón y pudiéramos ver su majestad mediante su humildad. Por eso se hizo carne la Palabra y habitó entre nosotros. Sanó nuestros ojos. ¿Y qué sigue? Y vimos su gloria. Nadie podría ver su gloria si no lo curase la humildad de la carne. ¿Por qué no podíamos ver? Atienda, pues, Vuestra Caridad y ved lo que digo. Al hombre le había caído al ojo una especie de polvo, le había caído tierra, había herido se-

riamente su ojo, no podía ver la luz. Ahora, a este ojo seriamente herido se aplica un unguento. Tierra lo había herido seriamente y, para que sea sanado, se envía allí tierra, pues todos los colirios y medicamentos no son nada, sino de la tierra. Por el polvo te cegaste, por el polvo eres sanado; la carne, pues, te había cegado, la carne te sana. En efecto, carnal se había hecho el alma por consentir con los afectos carnales; por eso se había cegado el ojo del corazón. La Palabra se hizo carne: este médico te hizo un colirio. Y, porque vino de forma que con la carne extinguiera los vicios de la carne y con la muerte matase a la muerte, por eso ha sucedido en ti que, porque la Palabra se hizo carne, tú puedes decir: Y vimos su gloria. ¿Qué gloria? ¿La de hacerse Hijo del hombre? Ésta es su humildad, no su gloria. Pero ¿hasta dónde fue llevada la vista del hombre, curada mediante la carne? Vimos, dice, su gloria, gloria como de Hijo único nacido del Padre, lleno de gracia y verdad. De la gracia y la verdad trataremos más ampliamente, con el favor del Señor, en otro lugar del evangelio mismo. Ahora baste esto y dejaos edificar en Cristo, robusteceos en la fe, vigilad con obras buenas y no os apartéis del leño mediante el que podáis atravesar el mar.»³⁰

Se le abrieron los ojos a Agustín con el *colirio* que el Médico hizo posible con su encarnación. Y pudo contemplar su humildad y su gloria.

Para San Agustín la encarnación es la muestra más grande del amor y la misericordia de Dios para con el hombre:

«Dios inclina su oído hacia nosotros depositando su misericordia sobre nosotros. ¿Cabe una piedad mayor que el hecho de darnos a su Hijo único no para que viviera con nosotros, sino para que muriera por nosotros?»³¹

Y es la experiencia personal de este amor, de esta piedad y misericordia que el Padre muestra en la encarnación del Verbo, que Agustín en Cristo vive la relación profunda del amor, que condicionará toda su vida.

LA CAPACIDAD DE VER DESDE EL CORAZÓN

«Felices los que tiene un corazón limpio, porque ellos verán a Dios. Son insensatos los que buscan a Dios con los ojos del cuerpo, dado que se le ve con el corazón, como está escrito en otro lugar: Buscadlo con sencillez de corazón. Un corazón lim-

30 *Tratados sobre el evangelio de San Juan (Trat. Jn.) 2, 16.*

31 *Sal. 30, 1, 7.*

pio es un corazón sencillo. Y como esta luz del día sólo puede ser vista con ojos limpios, así no se puede ver a Dios si no está limpia la facultad con la cual puede ser visto.»³²

Se trata de una mirada especial, que capta la realidad, incluso aquella que se oculta a los ojos del cuerpo. Una percepción espiritual, de primer orden, que sólo alcanzan los sencillos de corazón. No se trata de una mera experiencia sentimental o irracional, sino de un conocimiento claro de los hechos objetivos, que sólo puede lograr una mirada purificada e impregnada de afecto. Estamos ante el fundamento del alma y todas sus potencias en acto.

Esta capacidad de captar la realidad desde el corazón, desde el eje de la persona, desde el yo más profundo, desde la mismidad asumida y ordenada, sólo es posible cuando el hombre se presenta como un ser unificado.

La gran conversión de Agustín de Hipona comenzó por saberse a sí mismo, por identificarse a sí mismo. Es verdad que en él se expresaban con fuerza pasional la inteligencia y la capacidad de amar a las personas y las cosas. Es verdad que vivió el amor-donación radical como medio para conocer la verdad. Se dice que nadie puede amar lo que no conoce, pero hay quienes opinan que nadie puede llegar a conocer verdaderamente lo que no ama, a lo que no se entrega. Y ambas perspectivas de una misma verdad se pudieron dar en la experiencia de Agustín.

Sea lo que fuere sí hay un inicio cierto en su camino hacia la verdad: saberse, descubrirse, nombrarse, apropiarse de sí, ser dueño de sí mismo, fundiendo mente y corazón en una aventura de unificación de su propio ser. Un ser unificado, una personalidad integrada, no es fácil de batir. Mente y corazón son núcleos de nuestro ser, buscadores de sentido y propietarios de nuestra mismidad. Si mente y corazón, ambos inteligencia, no están unificados en lo profundo de nosotros mismos se produce una situación de neurosis, que nos hace arrastrarnos en la insatisfacción y la pérdida del sentido y del interés por las cosas de la vida. Cuando unimos mente y corazón, razón y sentimiento, descubrimos la unidad del ser con sus carencias y posibilidades, con su riqueza interior, y se puede comenzar a construir la verdadera personalidad humana: libre, pacífica, justa, equilibrada y solidaria.

32 *El sermón de la montaña*, 1, 2, 8.

Buscar el sentido de las cosas, saber el «por qué» y el «para qué» de lo que nos sucede y cómo nos sucede, analizar la vida sin monótonas y rutinarias fijaciones, descubrir y ejercer nuestra libertad, vivir el equilibrio y la armonía de nuestros pensamientos y nuestros sentimientos, saber discernir lo que nos pasa, saber escoger una actitud, una postura ante la vida... sólo es posible, con verdadera plenitud, cuando están unidos, fusionados y dirigidos hacia un mismo objetivo, la mente y el corazón; cuando somos seres unificados.

Agustín de Hipona gastó su vida en vivir así, por ello cultivó la interioridad, que le fue conduciendo a un encuentro con el misterio del Dios que habita en el interior del corazón humano; vivió la comunidad en la necesidad de descubrirse «nosotros» de amistad y fraternidad; vivió el estudio y la formación personal en la certeza de que «sabiendo» era más dueño de sí y servía más y mejor a los otros; y vivió, al fin, el trabajo y la entrega a las necesidades de los demás, como autenticación y garantía de verdad del proyecto de hombre que fue construyendo.

Sobre esta base existencial vive Agustín el encuentro con el Cristo que le dará el sentido pleno a su existencia como hombre, como cristiano, como consagrado y como pastor.

Pero no es nueva en Agustín esa percepción. Guiado por los escritos neoplatónicos, Agustín entra dentro de sí, mejor, es llevado, conducido. Y ve con una luz que le desborda. Lo cuenta en sus *Confesiones*:

«Y alertado por aquellos escritos que me intimaban a retornar a mí mismo, entré en mi interior guiado por ti; y lo pude hacer porque tú te hiciste mi ayuda. Entré y vi con el ojo de mi alma, comoquiera que él fuese, sobre el mismo ojo de mi alma, sobre mi mente, una luz inmutable, no esta vulgar y visible a toda carne ni otra cuasi del mismo género, aunque más grande, como si ésta brillase más y más claramente y lo llenase todo con su grandeza. No era esto aquella luz, sino cosa distinta, muy distinta de todas éstas. Ni estaba sobre mi mente como está el aceite sobre el agua o el cielo sobre la tierra, sino estaba sobre mí, por haberme hecho, y yo debajo, por ser hechura suya. Quien conoce la verdad, conoce esta luz, y quien la conoce, conoce la eternidad. La caridad es quien la conoce.»³³

Y clamará a continuación con esa grandeza de espíritu de quien conoce la verdad, percibe la luz de la verdad y la ama. Agustín siente el estremecimiento del amor. Dios reverbera la debilidad de su vista y, como si oyera una voz de lo alto, recibe el reclamo del amor: el amante se mudará en el Amado y serán los dos una sola cosa.

«¡Oh eterna Verdad, y verdadera Caridad, y amada Eternidad! Tú eres mi Dios; por ti suspiro día y noche, y cuando por vez primera te conocí, tú me tomaste para que viese que existía lo que había de ver y que aún no estaba en condiciones de ver. Y reverberaste la debilidad de mi vista, dirigiendo tus rayos con fuerza sobre mí; y me estremecí de amor y de horror. Y advertí que me hallaba lejos de ti en la región de la semejanza, como si oyera tu voz de lo alto: «Manjar soy de grandes: crece y me comerás. Ni tú me mudarás en ti como al manjar de tu carne, sino tú te mudarás en mí.»³⁴

Oír la voz de Dios en el interior del corazón, percibir la presencia. No hay dudas en el corazón que ama.

«Y conocí que por causa de la iniquidad corregiste al hombre e hiciste que se secase mi alma como una tela de araña, y dije: «¿Por ventura no es nada la verdad, porque no se halla difundida por los espacios materiales finitos e infinitos?» Y tú me gritaste de lejos: Al contrario, Yo soy el que soy; y lo oí como se oye interiormente en el corazón, sin quedarme lugar a duda, antes más fácilmente dudaría de que vivo, que no de que no existe la verdad, que se percibe por la inteligencia de las cosas creadas.»³⁵

La capacidad de inteligencia emocional de Agustín va creciendo en su vida al ritmo de su entrega al estudio de la Escritura, a la predicación y dedicación pastoral a la Iglesia. Una página muy conocida de sus *Confesiones* es, posiblemente, uno de los textos más sublimes de la mística cristiana, porque en él se recoge todo el latido existencial del convertido. Esto no es suposición, hipótesis, mera emoción o deseo proyectado. Aquí Agustín narra lo vivido, lo que acontece en verdad, lo que le enardece el corazón y va a constituir el centro absoluto y la razón de ser de su vida.

*«¡Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva, tarde te amé!
Y he aquí que tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te*

34 *Ibidem.*

35 *Ibidem.*

*andaba buscando; y deforme como era, me lanzaba sobre las bellezas de tus criaturas. Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo. Me retenían alejado de ti aquellas realidades que, si no estuviesen en ti, no serían. Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y ahuyentaste mi ceguera; exhalaste tu fragancia y respiré, y ya suspiro por ti; gusté de ti, y siento hambre y sed; me tocaste, y me abrasé en tu paz.*³⁶

Este texto de *Confesiones* no es ajeno a la pasión cordial del africano Agustín. Aquí hay una vivencia que traspasa los umbrales de la mística cristiana. Es una experiencia que acapara toda la existencia de Agustín: su razón, sus emociones, sus latidos. Todo él vivirá ya centrado en este amor, anunciándolo, compartiéndolo incansablemente con todos aquellos a los que las circunstancias de la vida le conducirán a tratar y servir. Vivirá exclusivamente para el Dios que así se le revela.

EL CRISTO DE SAN AGUSTÍN

Y ¿qué rostro adquiere este Cristo que arrasa el corazón de hombre tan singular? ¿Qué forma contempla Agustín, que —indiscutiblemente— ve más allá de la luz natural que contemplan los ojos humanos? ¿Qué ve Agustín?

Ante todo al Verbo hecho hombre. Es el misterio central de toda su cristología. Ya vimos la importancia de la encarnación del Verbo en el proceso de conversión del obispo de Hipona. Y dijimos: Agustín se enamora de la humanidad de Jesucristo.

Ama con locura —¿hay otra forma de amar?— al hombre Jesús, hijo de María, verdadero Dios y verdadero hombre, y descubre en él el rostro de la bondad y la ternura, de la piedad y la misericordia del Padre.

La Palabra en el silencio, la Sabiduría de Dios hecha Niño.

*«Tanto nos amó que se hizo hombre el que hizo al hombre, le hizo una madre a la que él hizo, le llevaron unas manos que él formó, mamó de los pechos que él llenó, y lloró en el pesebre la infancia muda, la Palabra sin la que es muda la elocuencia humana. (...) Por ti yacía en el pesebre, sin hablar, tu creador.»*³⁷

Lo confiesa en Trinidad de personas, en cuanto Dios. Lo reconoce como hombre en sus palabras y sus gestos; lo lee, lo

36 *Conf.* 10, 27, 38

37 *Serm.* 188, 3.

descubre, en todos los escritos del Antiguo Testamento; lo conoce y lee en los evangelios. Es Jesús, el Cristo: el Dios humillado, que se hace camino cierto, verdad absoluta, médico, mediador, redentor y a quien contempla como «*sacerdos magnum*» en el misterio de la Iglesia.

«Nadie crea que el Hijo de Dios cambió y se transformó en hijo del hombre; creamos más bien que, permaneciendo hijo de Dios, se hizo hijo del hombre, asumiendo la totalidad de la naturaleza humana sin perder la divina.»³⁸

«Él es nuestra Cabeza, él es Dios igual al Padre; él es la Palabra de Dios, por la cual fueron hechas todas las cosas. Es Dios para crear, y hombre para restaurar; Dios para formar, y hombre para reformar.»³⁹

Mucho y denso ha reflexionado Agustín sobre la condición humana. Él se reconoce y confiesa al hombre como *homo viator*, peregrino incansable en el acontecer de la vida. Y Agustín experimentó múltiples caminos en el mundo de la razón y en la experiencia vital. Sólo encontró descanso en Aquel que se le reveló como camino, cuyo latido es sendero para la vida. Aquel que se abajó para darle sentido al vivir íntegro del hombre:

«Luego quien tuvo tanto poder, sintió hambre, sed, se fatigó, durmió, fue apresado, flagelado, crucificado, matado. Tal es el camino: camina por la humildad para llegar a la eternidad. Cristo Dios es la patria adonde vamos; Cristo hombre, el camino por donde vamos. A él vamos, por él vamos.»⁴⁰

Camino y meta a un tiempo es el Cristo que sigue Agustín, camino, verdad y vida. La plenitud de la felicidad en el corazón del eterno buscador. Y con ello la consecuencia definitiva de su entrega como cristiano y pastor: *Si lo amas, síguelo*. Y Agustín ama a Cristo...

«Él mismo dijo: Yo soy el Camino y la Verdad y la Vida. Disfrutaremos de la verdad cuando la veamos cara a cara, porque también esto se nos promete. (...) Si lo amas, síguelo. «Lo amo, afirmas; pero ¿por dónde lo sigo?». (...) ¿Buscas por dónde? Primero óyelo decir: Yo soy el Camino. Antes de decirte a dónde, ha presentado por dónde: Yo soy el Camino, afirma. El camino ¿a dónde? Y la Verdad y la Vida. Primero dijo por dónde puedes venir, después a dónde puedes venir. Yo soy el Camino, yo soy la

38 *Serm.* 187, 3.

39 *Sal.* 90 II, 1.

40 *Serm.* 123, 3, 3.

Verdad, yo soy la Vida. Porque permanece en el Padre es la Verdad y la Vida; por haberse vestido la carne, se hizo Camino. (...) El Camino en persona ha venido a ti y, a ti que estabas durmiendo, te ha despertado del sueño, si empero te ha despertado; ¡levántate y anda!»⁴¹

Y seguir a Cristo es imitarlo. No hay otra posibilidad. La imitación de Cristo como única opción válida. Seguirle por los caminos del servicio y el compromiso con la Iglesia, la escucha y meditación de la Palabra, el anuncio, la predicación, la lucha encarnizada por defender la verdad, frente a tanto vendedor de palabrería. Así se va conformando Agustín en Cristo. Seguirle es imitarlo:

«¿Qué es seguirle sino imitarle? Pues Cristo padeció por nosotros dejándonos el ejemplo, como dice el apóstol Pedro, para que sigamos sus huellas. Se le sigue en la medida en que se le imita.»⁴²

Y contempla a Cristo crucificado. En tiempos de San Agustín la representación iconográfica de Jesús se reducía a la imagen del buen pastor, tomando como modelo y cristianizando la imagen del dios Apolo, como lo demuestran las representaciones pictóricas en catacumbas o sarcófagos cristianos. Es muy tardía la representación del crucificado, posiblemente hasta los inicios de la Edad Media.

Para Agustín, Cristo se ha encarnado para tener un cuerpo que ofrecer en sacrificio. Será en la contemplación de la Palabra donde Agustín descubra la hermosura de la cruz, como signo del cristiano, invitando a sus fieles a contemplar la *inescrutable riqueza de Cristo*, el *Misterio escondido desde los siglos en Dios*, para que *la multiforme sabiduría de Dios sea ahora manifestada*.⁴³

Comentando precisamente la Carta a los Efesios, dirá a los fieles:

«Escucha al mismo Apóstol que te dice: Lejos de mí gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo. Gloriémonos también nosotros en ella, aunque sólo sea porque en ella nos apoyamos. Gloriémonos todos en ella, ¡oh buenos hermanos!, gloriémonos en ella. Quizá encontremos allí la anchura, la longi-

41 *Trat. Jn 34, 9.*

42 *La santa virginidad, 27.*

43 *Cf. Ef. 3, 7-11.*

tud, la altura y la profundidad. En cierto modo se nos ha puesto ante los ojos la cruz mediante estas palabras del Apóstol. Tiene, en efecto, su anchura, sobre la que se clavan las manos; su longitud: lo que va hasta la tierra desde aquélla; tiene también su altura: lo que sobrepasa el madero transversal sobre el que se clavan las manos, donde se sitúa la cabeza del crucificado; tiene igualmente su profundidad, es decir, lo que se clava en la tierra y no se ve. Contempla el gran misterio: de esa profundidad que no ves surge todo cuanto ves.»⁴⁴

La largura, la altura, la anchura y la profundidad del mismo amor de Dios, manifestado en el signo de la cruz y que compromete al que es en Cristo, al que sigue a Cristo, al que imita a Cristo.

Y de esta cruz no debemos separarnos nunca; es como la nave que nos salva del naufragio en las procelosas aguas de la vida.

«No te apartes del leño de Cristo: no te hundirás; mantente asido a Cristo. ¿Qué pretendo decirte al afirmar que te mantengas asido a Cristo? Ésta fue la razón por la que quiso sufrir en la tierra. Habéis oído, cuando se leyó el profeta Isaías, que no apartó sus espaldas de los azotes, que no desvió su rostro de los esputos de los hombres, que no retiró la mejilla de sus bofetadas. ¿Por qué quiso sufrir todo esto, sino para consolar a los que sufren? Él habría podido resucitar su carne al fin del mundo; pero si tú no lo hubieras visto resucitado, te faltaría motivo para esperar; no quiso tardar en resucitar su cuerpo, para que tú no tuvieras ninguna duda de tu resurrección. Soporta, pues, y tolera las tribulaciones de este mundo por aquel final que has visto en Cristo, y que no te perturben los que obran el mal y, no obstante prosperan en este mundo.»⁴⁵

Esta identificación con la cruz crece en Agustín en clave de amor oblativo, consagrado. A tal grado de identificación llega con el Crucificado que escribe en *La santa virginidad*:

«Quede clavado en vuestro corazón el que por vosotros fue clavado en la cruz. Que él posea enteramente en vuestro corazón todo lo que no quisisteis que ocupase un cónyuge. No os es lícito amar poco a aquel por quien renunciasteis a amar hasta lo que sería lícito. Si así amáis a quien es manso y humilde de corazón, no temo en vosotros el más mínimo orgullo.»⁴⁶

44 *Serm. 165, 3.*

45 *Sal. 91, 8.*

46 *La santa virginidad, 56.*

De nuevo la clave del amor personal, radical y definitivo con Aquel que es manso y humilde de corazón; Aquel que puede poseer enteramente todo el corazón de quien le ama. Y sólo así se podrá contemplar al Amor. Un Amor que empuja al amor, que compromete en la caridad para con el prójimo:

«Y pues la caridad mira más por lo común que por lo privado, se dice que no busca las cosas que son suyas. Los corazones viven en ella para siempre, porque se satura de pan celestial. Y el mismo que la sacia, dice: Si no comiereis mi carne y no bebiereis mi sangre, no tendréis vida en vosotros. Por eso el corazón de estos que se sacian vive para siempre. Porque Cristo es la vida que habita en su corazón, de momento por la fe y luego por la visión. Ahora ven en enigma por espejo, pero luego faz a faz. La caridad se ejercita ahora en las obras buenas del amor, que se extiende a prestar ayuda donde quiera que puede: y ésta es la anchura. Ahora tolera las adversidades con espíritu magnánimo y persevera en aquello que verazmente posee: y ésta es la longitud. Y todo esto lo hace para alcanzar la vida eterna que se promete en lo alto; y ésta es la altura. Pero esta caridad estriba en lo oculto, en donde en cierto modo estamos fundamentados y arraigados, donde no se investigan las causas de la voluntad de Dios, por cuya gracia fuimos hechos salvos, no por las obras de justicia que hiciéramos, sino por su misericordia. Porque voluntariamente nos engendró con la palabra de verdad, y esa voluntad permanece oculta. Temblando, por decirlo así, ante la profundidad de este misterio, exclama el Apóstol: ¡Oh profundidad de las riquezas, de la sabiduría y ciencia de Dios! ¡Cuán inescrutables son sus juicios e impenetrables sus caminos! ¿Quién conoció la mente del Señor? Y ésta es la profundidad. Altura es un término común para expresar lo elevado y lo profundo. Cuando nos referimos a lo elevado, se encarece la eminencia o sublimidad; cuando a lo profundo, se subraya la dificultad de investigar o de conocer. Por donde se dice a Dios: ¡Cuán maravillosas son tus obras, Señor; demasiado profundos se han hecho tus pensamientos! Y también: Tus juicios son como un abismo inmenso.»⁴⁷

A esta profundidad de análisis llega Agustín, tomando las medidas de la cruz, en donde Cristo se revela como redentor del hombre, que con su sacrificio y muerte en la cruz, en obediencia filial al Padre, viene a «comprar» al hombre dominado por el pecado, pagando por él el rescate con su propia vida. Esta doctrina de la redención supone una novedad en tiempos de San Agustín. El término *redemptor*, aplicado a Cristo, ya fue utiliza-

47 Carta 140, 25.62

do pro Tertuliano en el siglo III y lo retoma Agustín en sus escritos a partir de su ordenación sacerdotal.

El *redemptor* era aquel que compraba, rescataba, a un esclavo del poder de su amo o dueño. Es así que el hombre en pecado es esclavo del mal o del demonio y de esa esclavitud es librado el hombre, rescatado, por la cruz de Cristo.

*«Vendido como esclavo al pecado. Debemos entender que, cuando uno peca, vende su alma al diablo, aceptando como recompensa la dulzura del placer pasajero. Es ésta la razón, es decir, por estar nosotros vendidos según acabamos de decir, por la que a nuestro Señor se le llama Redentor.»*⁴⁸

*«(...) pues los hombres se hallaban cautivos bajo el dominio del diablo, sirviendo a los demonios, pero fueron redimidos de su cautividad. Se pudieron vender, pero no redimir. Vino el Redentor, y pagó el costo; derramó su sangre y compró el orbe de la tierra. Me preguntaréis: «¿Qué compró?» Mirad lo que dio y sabréis lo que compró. La sangre de Cristo es el precio. ¿Cuánto vale? Todo el orbe, todas las gentes. Demasiado ingratos son en su estimación, o demasiado soberbios, quienes dicen que fue tan exiguo el pago, que sólo compró a los africanos; o que son ellos tan grandes, que sólo por ellos se dio tal precio. No se ensalcen, no se engrían. Por todos dio cuanto dio.»*⁴⁹

Y como redentor, Cristo sana nuestras heridas, cura nuestros males, nos retorna a la salud, nos concede la salvación. Agustín tiene experiencia personal de ello. Sabe que no puede ni debe resistir a la voz del Señor cuando le llama a la tarea. El amor a Jesucristo, al Cristo de la fe, con el que Agustín intima en la oración y la contemplación, y al que sirve en la caridad en el ejercicio de su ministerio como pastor, hasta el desgaste de sus fuerzas, es el eje y el todo de la vida y el latido de Agustín.

*«No obstante esto, Médico mío íntimo, hazme ver claro con qué fruto hago yo esto. Porque las confesiones de mis males pretéritos —que tú perdonaste ya y cubriste, para hacerme feliz en ti, cambiando mi alma con tu fe y tu sacramento—, cuando son leídas y oídas, excitan al corazón para que no se duerma en la desesperación y diga: «No puedo», sino que le despierte al amor de tu misericordia y a la dulzura de tu gracia, por la que es poderoso todo débil que se da cuenta por ella de su debilidad.»*⁵⁰

48 *Exposición de algunos textos de la Carta a los Romanos*, 35 [42]

49 *Sal.* 95, 5.

50 *Conf.* 10, 3, 4.

Nada hay imposible para el que confía en la gracia. Por eso Agustín repetirá en sus escritos varias veces el principio que, sospechamos, sería común entre el círculo íntimo de los que con él vivían: ***Da quod iubes et iube quod vis***, da lo que mandas y manda lo que quieres.

«(...) y muchas veces repetía a nuestro Dios y Señor: ***«Da lo que mandas y manda lo que quieres»***. En cierta ocasión, un querido hermano y coepíscopo, hablando con Pelagio en Roma, las recordó, y el hereje se puso tan furioso y descompuesto, que casi se viene a las manos con aquel hermano nuestro.»⁵¹

El rostro del Cristo que contempla Agustín es el rostro de la salvación y de la salud. Hay en Agustín una plena disposición de entrega permanente a Aquel que le ha conducido, no sólo al goce de la Verdad, sino a Aquel que le ha permitido conocerse, saberse, descubrirse con total transparencia y que le ha dado pleno sentido a su existencia, como hombre, como cristiano y como consagrado.

«¿Quién me dará descansar en ti? ¿Quién me dará que vengas a mi corazón y le embriagues, para que olvide mis maldades y me abrace contigo, único bien mío? ¿Qué es lo que eres para mí? Apídate de mí para que te lo pueda decir. ¿Y qué soy yo para ti para que me mandes que te ame y si no lo hago te atres contra mí y me amenaces con ingentes miserias? ¿Acaso es ya pequeña la misma de no amarte? ¡Ay de mí! Dime por tus misericordias, Señor y Dios mío, qué eres para mí. Di a mi alma: ***«Yo soy tu salud»***. Dilo de forma que yo lo oiga. Los oídos de mi corazón están ante ti, Señor; ábrelos y ***di a mi alma: «Yo soy tu salud*** [salvación]. Que yo corra tras esta voz y te dé alcance. No quieras esconderme tu rostro. Muera yo para que no muera y pueda así verle.»⁵²

Necesita decirlo, repetirlo, insistiendo: ora en cartas a sus amigos, colegas, ora a los fieles. Hay que decirle al Señor, hay que insistirle:

«Que sea él nuestra herencia, nuestra posesión. ¿Nos pasaremos temerariamente diciendo que Dios es nuestra posesión, cuando es él el dueño, cuando él es el Creador? No, ésta no es una temeridad; es el impulso del deseo, es la dulzura de la esperanza. Diga el alma, dígalo, sí, con toda seguridad: ***Tú eres mi Dios, el que dice a nuestra alma: Yo soy tu salvación. Díga-***

51 *El don de la perseverancia*, 53.

52 *Conf.* 1, 5.

lo, dígalo sin dudar; no cometerá injusticia alguna al decir esto; es más, la cometería si no lo dijese.»⁵³

*Es el impulso del deseo, es la dulzura de la esperanza... Sólo quien lo experimenta, puede dar noticia de ello, como recuerda el himno medieval *Iesu, dulcis memoria*.*

*Nec lingua valet dicere,
nec littera exprimere:
expertus potest credere,
quid sit Jesum diligere.*

Y hay, al fin, un título de Cristo que acapara la atención del obispo Agustín. Título destacado en su reflexión, que perfila los rasgos de ese Cristo de San Agustín sobre el que vamos reflexionando. Y es el título de Cristo como único sacerdote, el «*sacerdos magnum*».

*«Los verdaderos sacrificios, pues, son las obras de misericordia, sea para con nosotros mismos, sea para con el prójimo; obras de misericordia que no tienen otro fin que librarnos de la miseria y así ser felices; lo cual no se consigue sino con aquel bien, del cual está escrito: Para mí lo bueno es estar junto a Dios. De aquí ciertamente se sigue que toda la ciudad redimida, o sea, la congregación y sociedad de los santos, se ofrece a Dios como un sacrificio universal por medio del **gran Sacerdote**, que en forma de esclavo se ofreció a sí mismo por nosotros en su pasión, para que fuéramos miembros de tal Cabeza; según ella, es nuestro Mediador, en ella es sacerdote, en ella es sacrificio.»⁵⁴*

El único sacerdote. Ése es Jesucristo, a quien sus ministros en el servicio de la iglesia se han de unir para ofrecer el sacrificio único en servicio de los fieles. Cristo es el único mediador. La identificación con Jesucristo sacerdote fue esfuerzo y tarea del sacerdote y obispo Agustín.

*«Por eso el verdadero Mediador, que al tomar la forma de esclavo fue hecho Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, bajo la forma de Dios, acepta el sacrificio con el Padre, con el cual es un solo Dios; pero bajo la forma de esclavo prefirió ser sacrificio a aceptarlo, a fin de que nadie tomara ocasión de esto para sacrificar a cualquier criatura. **Por eso Él es el sacerdote, Él es quien ofrece y es también la oblación.**»⁵⁵*

53 *Sal.* 32 III, 17.

54 *Ciudad de Dios (CdD)*, 10, 6.

55 *CdD*, 10, 20.

Cristo es, para Agustín, el que vence y la víctima (*victor et victima*) a un tiempo

«¡Oh cómo nos amaste, Padre bueno, que no perdonaste a tu Hijo único, sino que le entregaste por nosotros, impíos! ¡Oh cómo nos amaste, haciéndose por nosotros, quien no tenta por usurpación ser igual a ti, obediente hasta la muerte de cruz, siendo el único libre entre los muertos, teniendo potestad para dar su vida y para nuevamente recobrarla. Por nosotros se hizo ante ti vencedor y víctima, y por eso vencedor, por ser víctima; por nosotros sacerdote y sacrificio ante ti, y por eso sacerdote, por ser sacrificio, haciéndonos para ti de esclavos hijos, y naciendo de ti para servirnos a nosotros. Con razón tengo yo gran esperanza en él de que sanarás todas mis dolencias por su medio, porque el que está sentado a tu diestra te suplica por nosotros; de otro modo desesperaría. Porque muchas y grandes son las dolencias, sí; muchas y grandes son, aunque más grande es tu Medicina. De no haberse hecho tu Verbo carne y habitado entre nosotros, con razón hubiéramos podido juzgarle apartado de la naturaleza humana y desesperar de nosotros.»⁵⁶

Para todo aquel que, siguiendo a Cristo, sea convocado al ministerio sagrado, tiene Agustín una exquisita y precisa invitación, aunque él la aplica a todo el pueblo de Dios, a cada cristiano bautizado. El ministro debiera aspirar a ser como un *jumento de Cristo*, a semejanza del borriquillo sobre el que Jesús entró en Jerusalén. Es un mero instrumento que porta a Cristo:

«Para poder ser humilde, di con el salmo: Mi alma se gloria en el Señor: que lo oigan los mansos y se alegren. Luego los que no desean gloriarse en el Señor, no son mansos; son feroces, ásperos, engreídos, soberbios. El Señor quiere tener jumentos mansos; sé tú un jumento del Señor, es decir, sé manso. Él cabalga sobre ti, él te gobierna; no tengas miedo de tropezar y caer en el precipicio. Tuya es la debilidad, sí, pero fíjate en quién te conduce. Eres una cría de asno, pero llevas a Cristo. Él también quiso entrar en la ciudad sobre un pollino, y fue manso el jumento. ¿Era tal vez elogiado el jumento aquel? ¿Era al borrico a quien se le decía: Hosanna, Hijo de David, bendito el que viene en nombre del Señor? El pollino lo llevaba, pero los vítores de los que le precedían y lo seguían iban dirigidos al que lo montaba. El borrico a lo mejor iba diciendo: Mi alma se gloria en el Señor; que lo oigan los mansos y se alegren. No, nunca aquel asno dijo esto, hermanos; pero dígalo, sí, el pueblo que imita a aquel jumento, si quiere ser portador de su Señor. Qui-

zá el pueblo se enoje por ser comparado con el asnillo en que se sentó el Señor; y me digan algunos soberbios y engreídos: Mira, éste nos ha hecho asnos. Que sea asno del Señor todo el que esto diga; no sea como el caballo y el mulo que no discurren. Ya conocéis aquella frase del salmo: No seáis como el caballo y el mulo, que son irracionales. El caballo y el mulo levantan de vez en cuando la cerviz, y con su ferocidad arrojan de sí al caballero. Se los doma con el freno, el bocado y el látigo, hasta que aprendan a someterse y llevar a su dueño. Pero tú, antes que el freno te castigue las mandíbulas, sé manso y lleva a tu Señor; no busques la alabanza en ti mismo; que alaben al que va sentado sobre ti, así podrás decir: Mi alma se gloria en el Señor; que lo oigan los mansos y se alegren. Porque cuando los que no son mansos oyen estas palabras, no se alegran, sino que se encolerizan. Son éstos los que dicen que los tratamos como asnos. Pero los que son mansos, que tengan a bien oír y ser lo que oyen.»⁵⁷

Impresionante lección sobre la humildad que, aunque dirigida a todo el pueblo, es aplicable a los presbíteros, a los ministros, servidores del pueblo. Qué duda cabe que estas palabras dejarían huella en aquellos que utilizaban —ya en tiempos de Agustín y siempre— el ministerio para medrar.

CONCLUSIÓN

Hemos intentado acercarnos a comprender el perfil de Cristo en el corazón y el alma del Agustín convertido, cristiano y pastor. El rostro del Señor grabado en las honduras del alma de un hombre como Agustín de Hipona.

Creemos que vivir en esta clave agustiniana es acertar en el arte de vivir saboreando el deleite de la misma vida, con intensidad, con gozo, con esperanza; sin intentar tapar con máscaras la realidad de lo vivido, las herencias -sean del signo que sean-; integrando contrariedades y contradicciones; construyendo las horas con pasión de presente; lanzándose al porvenir sin frustrantes providencialismos fatalistas. Es descubrir dentro la realidad de nuestro propio ser, cuajado de belleza y potencialidades, de valores y buenas intenciones en la más profunda comunión con el Cristo revelado por las Escrituras y confesado por la Iglesia en los siglos.

Sólo así será posible sacar fuera, exteriorizar cuanto de justo

57 *Sal. 33 II, 5.*

y noble, honrado y sincero habita en la propia interioridad, porque es la gracia del Cristo la que hace posible tanta nobleza y tanta hermosura.

Hay en Agustín siempre un fondo de humanidad, hondura de autenticidad, de personalización, de bondad, de compromiso, que se funda en el encuentro con Cristo, en la configuración con Cristo, el Dios humanado, Verbo encarnado, el Dios humillado, que se revela camino, verdad y vida: médico, mediador, redentor y sacerdote. El Cristo de San Agustín, a quien amó con todo su ser, con toda su mente, con todo su corazón.

Por eso pudo decir, porque lo vivía, la verdad que fundamentó sus pasos y latidos en la historia:

*«Domine, sine te nihil. Totum in te»,
«Señor, sin ti nada. Todo en Ti»⁵⁸*

fr. Jesús Miguel BENÍTEZ SÁNCHEZ, O.S.A.
Convent de la Mare de Déu del Socors
Palma de Mallorca

